

CAPITULO 22

Como se cumplían cien años del urinario de Marcel Duchamp, titulado La fuente, decidió rendirle homenaje. En 1917 Duchamp intentó exponer la pieza en una muestra en Nueva York, pero fue rechazado. Desde esa fecha se instala en el arte una forma distinta de enfrentarlo. Nunca Duchamp lo manifestó, pero quizá deseaba establecer que orinar, constituye un testimonio de arte.

Javier Alcántara colgó de un perchero de alambre, una toalla higiénica ensangrentada y la tituló: “Dolores menstruales de un parto inconcluso”. La prensa se apresuró a tildar de genio al autor, y lo comparó con Duchamp. Por fin en Chile alguien se atrevía a disentir del arte oficial, pegado a la teta de la burocracia. La performance produjo polémica, sobre todo, entre las mujeres. Acusaron a Javier de vulgarizar la menstruación y reírse del parto.

La prensa no dudó en calificar la instalación de “genialidad y clara demostración de la renovación de la plástica”. Exhibido el trabajo en el Museo de Bellas Artes de Santiago, desapareció al día siguiente de la inauguración. Una de las mujeres encargadas del aseo, lo arrojó a la letrina.

Desde luego, la tía quiso conocer la experiencia del

sobrino, conseguida donde el amor es privilegio, en el amplio sentido de la palabra, fuesen mudas o no, adquiridas, donde se habla francés.

Javier se recibía y se casaba con una profesora de artes plásticas y su pasión por la aventura, quedaba adormilada por un tiempo. Pintar y escribir hacían un paréntesis en su azarosa vida y le permitían un remanso en su alborotada vida.

Al cabo de un matrimonio de treinta y dos años, sentía aquella misma orfandad de cuando era niño. Decidió encerrarse en su mundo, huir de los amigos, de la familia. Se sentía ajeno, distante a las costumbres burguesas. Rebeldía de macho viejo. En un tiempo quiso escribir un libro de historia sobre las dictaduras que, en Chile, habían destruido la democracia, sin embargo, decaía su entusiasmo al considerarse desprovisto de talento, para abordar el tema.

Una noche en Santiago, mientras veía llover por la ventana de su escritorio, sintió una voz interior que algo quería manifestarle. En ese instante, escuchó su propia voz que le susurraba al oído. He decidido marcharme de casa. Hay una edad en que uno se aburre de todo. Hasta de sí mismo. Arriba la hora del hastío, el cual se manifiesta en la vejez.

“De súbito, al enfrentarnos a un torbellino de situaciones adversas, he decidido huir. Aunque hacerlo no parece lo más

adecuado. De la familia, de mi mujer, de los amigos, de una novia a quien visito para ahuyentar el tedio, aunque ella ahora me desprecia, por haber llegado a la vejez. “Buscaré a otro que no fastidie y socorra mis necesidades”, me enrostró. Sobre todo, de los enemigos, empeñados en destruir nuestra existencia y de los objetos que a diario nos acompañan”.

“Existe un hastío que se incuba en la soledad. Mientras se envejece a un ritmo alarmante, la adversidad crece. Incluso, el olor al hogar constituye un elemento perturbador. De la rutina impresa por doquier. Ni hablar del ruido de ciertos artefactos que invaden nuestra intimidad. La máquina lavadora, el televisor, la radio, las bocinas de los vehículos y el chillido de quienes inundan las calles”.

“No faltan los músicos ambulantes, que apenas saben tocar la guitarra o el violín e interpretan música, perdón ruidos infernales, y nos quieren atosigar. Se instalan en las veredas a la salida de los restoranes”.

“Aunque yo suelo paliar el inconveniente, escuchando a Beethoven, Bach, Vivaldi por nombrar a algunos, igual los ruidos de la ciudad intoxican. No hace muchos años se escuchaba el canto de los zorzales, los traviesos gorriones detenidos en los alerces de las plazas o en el alfeizar de la ventana de mi escritorio. Aunque uno se habitúa a todo, hay un

instante donde impera el aburrimiento”.

“También me asiste el deseo de huir de los mendigos, en su mayoría falsos. Se disfrazan de indigentes. Se hacen los ciegos, pero ven mejor que uno. Usan muletas y si aparecen los carabineros, corren a perderse. Otros, andan en silla de ruedas y se vendan las piernas como si fuesen tullidos”.

“Conozco a uno de ellos que, al oscurecer, lo vienen a buscar en un automóvil de calidad, que lo quisiera yo para salir a pasear”.

“¿Hacia dónde dirigir la confusión de mis pasos? Lo desconozco, y si lo supiera, no lo diría con el objeto de dejarlo al azar —¿O queda mejor la expresión albur?— pero la decisión está en marcha. A lo sumo, llevaré algo de ropa. No me asiste la vanidad de vestir como petimetre. Hubo una época de jactancia ya superada, donde invertía largos minutos en hacerme el nudo de la corbata. La seleccionaba de tres docenas”.

“Me ponía perfume francés detrás de las orejas y en el cuello. Ahora, quiero disponer de dinero para un mes y nada más. Quizá encuentre por ahí un asilo para ancianos, o a quien me acoja por misericordia, aunque este concepto de ayuda, dejó de ser una virtud en nuestra sociedad”.

“Bien podría buscar un monasterio, pero desconfío que me

permitan vivir ahí. A menudo blasfemo en contra de los frailes, aunque no soy anticlerical. De lo contrario, asumo de pertinaz vagabundo e igual a esos personajes de novela, ¡cómo los envidio! me dedico a observar la sociedad desde una posición distinta. En tal caso, puedo criticarla, desmenuzarla y concluir repeliendo su estructura. Sí, porque en estas situaciones extremas, tenemos una visión diferente a la diaria realidad”.

“Ya sé lo que va a decir Hortensia, mi mujer: “¿Acaso te has vuelto loco? ¿Y dónde piensas vivir? ¿Quieres morir de hambre, mientras vagas por ahí? No veo sensatez en tu decisión. ¿Y tus medicamentos, reuniones con tus amigos, visitas donde tu hermana viuda? ¿Acaso olvidas que la pobre sufre de Alzheimer y ni siquiera se acuerda del nombre de su perro Tristán? Recapacita”.

“No pienso escucharla ni un segundo. Posee un arte de la persuasión que se lo quisiera un político. Hay riesgos que me convenza y yo desista de mi partida. Hasta sospecho que se arroje a mis brazos y empiece a gemir, como postrera alternativa. Igual a la ocasión en que de pura vanidad, compró un collar de perlas, que nos significó vivir de privaciones, durante meses. En aquella oportunidad la regañé, sin embargo, después me arrepentí al ver su expresión de desamparo. “¿Acaso no tengo derecho a poseer un alhaja? No

soy pordiosera”.